

«La neurosis Kennedy»

La neurosis es un concepto que, a medida que avanzan las ciencias psicológicas y psicológicas, se hace más impreciso, más confuso; y al mismo tiempo más difuso y más amplio, si se considera desde un punto de vista sociológico. Puede ocurrir que todo el que se dedique hoy a la política sea un neurótico potencial, por lo que la política exige de quebrantamientos de la propia individualidad en el mundo de hoy; es más que probable que el ejercicio del poder y su inmensa contradicción (potencia-impotencia) produzca muchas más neurosis de las que habitualmente pensamos. Nancy G. Clinch aplica el término neurosis en su acepción freudiana, y lo atribuye no sólo a la colectividad de la familia Kennedy, sino a todo el pueblo americano neurotizado por la política kennediana («La neurosis Kennedy», Editorial Euros, Barcelona). Su largo análisis, abundante en anécdotas biográficas y caracterológicas, se lee con velocidad y apasionamiento por el tema. No sin dejar un cierto sabor de duda al final. Lo que la señora Clinch trata de inventar es lo que llama la psicohistoria (tiene antecedentes: el propio Freud era un analista de temas históricos, y entre nosotros, Marañón, en su nivel, también lo hizo con personajes y situaciones).

Lo que la psicohistoria nos enseña de los Kennedy es algo que no concuerda de ninguna manera con los mitos, pero que se acerca bastante a otras interpretaciones simplemente históricas: toda la familia Kennedy busca con ansiedad y angustia el poder, trata de alcanzarlo y, luego, de ejercerlo como un autócrata. El Presidente Kennedy —figura central, naturalmente, del libro— tendría una doble vida, una doble cara: la máscara del pacifismo, la coexistencia, la comprensión, la democracia, ocultaría la del tirano,



Edward, John y Robert Kennedy, en 1962.

impredictado, pasional, dominante Kennedy. Tuvo la fortuna de que en breve tiempo de poder la máscara prevaleciera sobre el rostro, y los rasgos de esa máscara se agrandasen, se mitificasen por un pueblo sediento de héroes tras el asesinato de Dallas.

El libro es demasiado antikennediano para ser científico. Es evidente que entre la realidad Kennedy y el mito Kennedy hay un enorme abismo, y que sus acciones presidenciales —como las de sus hermanos cuando alcanzaron puestos de poder— arrojan bastante ambigüedad, por lo menos. Hay, sin embargo, algunas comparaciones que hacer. En primer lugar, el gobierno de Kennedy fue algo muy distinto a los que le precedieron —después de Roosevelt— y los que le sucedieron. Podría no ser debido a la generosidad política de Kennedy o a su doctrina, pero sí cabe atribuirle la enorme sensibilidad de saber en qué momento su país, el mundo bajo su imperio y el mundo de sus contrarios necesitaban un cambio profundo, aunque sólo fuese para conseguir los mismos objetivos de dominio. Lo supo y lo explotó como no se había hecho antes —repetamos: desde Roosevelt— y no se volvería a hacer nunca, por lo menos hasta nuestros días. Precisamente, Kennedy fue elegido por el pueblo de los Estados Unidos por-

que representaba un cambio con respecto a la guerra fría y porque era la alternativa a un guerrero frío como Nixon. Hay una sobrehistoria poco escrita, que es la de los grandes cambios en las corrientes de opinión y su influencia sobre la política de cada día. Kennedy se encontró ante uno de esos cambios y supo utilizarlo.

Esta sobrehistoria sería lo contrario de la microhistoria que realiza Nancy Clinch. Pueden tener un nexo de unión, que es lo que falta en este libro. Es decir, que, aun comprendiendo todas las flaquezas, las debilidades, las ambiciones o, en fin, la neurosis Kennedy, aun reduciendo el personaje a su más profundo significado, el mito o la representación tienen un valor en la política y en la historia que pueden ser más importantes y más decisivos para el curso de los acontecimientos históricos que la minucia de quien aparece como su protagonista. Prescindiendo de esto, el estudio de la autora sobre la familia Kennedy es de un enorme interés narrativo y psicoanalítico al mismo tiempo. Todos los Kennedy y sus antepasados, y sus continuadores, quedan terriblemente desmenuzados en estas páginas, cuya ayuda para deshacer el mito y quedarse con la realidad es incuestionable, aunque propenda a crear un contramito. ■ H. T.

«Crítica de la democracia capitalista»

La publicación de las obras de Milliband y de Poulantzas —en especial de este último— y la polémica entre ambos autores sobre la metodología y el contenido de la teoría marxista del Estado, han oscurecido quizá la existencia de otros trabajos y aportaciones sobre el mismo tema.

El libro de Stanley Moore, *Crítica de la democracia capitalista* (Siglo XXI, Madrid, año 1974), está planteado como un manual. Su autor pretende familiarizar al lector con las elaboraciones de Marx, Engels y Lenin en torno al problema del Estado, en general, y en el caso concreto del Estado capitalista.

Como tal manual, el valor del libro de Moore reside en su sencillez expositiva y en una voluntad de hacer referencias sistemáticas a las ediciones en castellano de los clásicos. El problema que puede tener quien pretenda utilizar tales referencias es que, por desgracia, algunas de estas ediciones «standard» —en las que el traductor ha localizado cada una de las citas contenidas en el libro de Moore, lo que supone un trabajo impropio— no son demasiado asequibles para el lector español por diferentes razones. Pero esto no invalida la capacidad didáctica de la obra, y en

todo caso resulta irremediable (al menos hoy).

Naturalmente, un manual; una introducción, no pueden nunca ser neutrales. El propio autor hace notar que el tipo de lectura que el libro requiere es una lectura crítica, por lo que puede resultar interesante hacer alguna observación sobre uno de los tópicos más polémicos de los incluidos en la problemática de la teoría marxista del Estado. Me refiero al problema de la transición, que Moore desarrolla largamente a lo largo del capítulo 3 de su obra.

Moore se propone demostrar que la transición pacífica no es posible en la fase imperialista del capital, y que en el Estado imperialista, «el proletariado puede capturar el poder sólo a través de la destrucción violenta de la maquinaria estatal capitalista, a través de la revolución desde abajo» (pág. 116). Entiendo que esta tesis es perfectamente correcta, pero me temo que puede ser mal interpretada. El propio Moore cita una frase de Marx que creo puede dar la clave del problema: si «la clase obrera ganara una mayoría en el Parlamento o en el Congreso, podría legalmente poner un fin a las leyes e instituciones que se imponen en el camino de su desarrollo... Sin embargo, este movimiento "pacífico" podría transformarse en violento a causa de la rebelión de aquellos cuyos intereses eran inseparables del viejo orden». Para Moore, esta frase de Marx marca una distinción entre transferencia pacífica del poder político y alteración pacífica de la estructura económica. Por mi parte, pienso que esta distinción existe y no debe olvidarse, pero que existe otra distinción aún más imprescindible e indudablemente anterior.

En efecto, el momento clave de la transición «pacífica» se halla

en la toma real del poder. La cuestión está en saber si una mayoría parlamentaria u otra forma de acceso al Gobierno supone realmente el poder o tan sólo significa una posición avanzada dentro de los aparatos de Estado. No creo que haga falta aclarar que estoy pensando en el caso chileno —ocurrido, desde luego, en la fase imperialista—. La presencia en el gobierno no supuso —no podía suponer— la toma del poder. Esta toma implicaba un salto cualitativo, y era aquí donde debía producirse la oposición de la burguesía chilena.

Pienso que si se pretende deducir algo de la tragedia chilena, hay que volver a pensar en términos de línea de masas y de movilización antes que en términos de parlamentarismo o insurrección armada. No creo que nadie pueda decir seriamente que la llegada de la UP al gobierno por vía electoral fuese un error. Cualquiera llamada a la insurrección armada en el Chile de 1970 estaba destinada a caer en el vacío.

El problema entonces está en saber por qué desde su presencia en el gobierno la UP no consiguió llegar a la toma del poder real. En mi opinión (totalmente discutible, por supuesto), la razón fue la inexistencia de una línea de masas planteada con este fin, e incluso de una línea de masas a secas. Y en este sentido creo que las afirmaciones de Moore pueden inducir al equívoco notoriamente grave de que cualquier línea no insurreccional acaba indefectiblemente en la desmovilización de las masas. Si hay algo más descabellado que apoyarse en la burguesía y en su legalidad institucional para hacer una revolución, esto es renunciar a toda vía electoral en medio de invocaciones a la lucha armada. No existe otra receta que la de analizar en concreto las situaciones concretas. ■ LUDOLFO PARAMIO.